

La flor del silencio

Ni la noche inmóvil,
ni los cementerios,
ni las soledades sin voz de la tierra,
conocen la flor del silencio.

—Pues ¿dónde se abre?
pregunta el viajero.

—Abrese en jardines
que no alumbra el cielo,
en aguas profundas que ignoran
la imagen del tiempo,
más allá del último
cipo del deseo.

—Quisiera encontrarla...
suspira el viajero.

—Búscala en tu alma, si en ella dejaron
cenizas de astros los sueños...
si en algún instante divino supiste
colmar las esferas con un solo beso

que hubiese podido matarte
o encender rubíes en el firmamento...
si labraste una vez una lágrima
tan honda, tan dura, que en mitad del pecho
la hubieras sentido filtrar su diamante
con martirio lento...

—¿Y cómo buscarla?
insiste el viajero.

—Cierra tus oídos
al viento...
En ti mismo intérrate
como en tu hipogeo...
Impávido explora
recónditos dédalos...
Contempla los fosos
del vértigo...
Y hallarás, acaso,
la flor del silencio,
la flor que en la sombra latiente del alma
recogió el latido de los días muertos,
la flor que perfuma con su melodía
todo el universo...

hombre, poeta y diplomático que en tierras
extranjeras y allá por el tercio filo del si-
glo pasado, compuso esas estrofas. Le ima-
ginaba, al igual de todos los poetas jóvenes,
soñando acaso en escribir versos tan sutiles,
tan cultos, tan novedosos que sonaran co-
mo la más fina de todas las campanas en
un alto campanario. Era Ministro de Chile
en Bogotá, en ese centro que viene siendo
desde antaño el Monte Sacro de las musas
americanas, y entre un sorbo de amor y una
engolada nota a la cancillería escribió ese
poema de *Las dos Hermanas* que hoy na-
die lee, que, seguramente, ninguno de nues-
tros poetas jóvenes se dignaría firmar, ni
siquiera en broma. Flor de romanticismo
para aquellos tiempos. Para los de ahora
baluceo pesado y ñoño. Nadie sabría de él
sin esa canción que yo estaba oyendo en
un cine de barrio. Esa canción que se canta
en toda América en las fiestas poblanas y
en los ruedos campesinos. Esa canción lle-
vada en la corriente de los tiempos por esa
barca de timonel desconocido que es el al-
ma popular:

Río, río, devolvedme el amor mío
que me canso de esperar...

¿Qué habría preferido Soffia? ¿Que se
recordase con loor su nombre en el cenáculo
de los doctos o que cantaran sus canciones
gentes incultas que no ofrendan recuerdo
alguno al poeta que nunca conocieron?

¿Qué preferiría yo, si por acaso estuviera
en mi mano escoger? Escribir para esa plé-
yade que por ir eternamente a la vanguar-
dia ha de quemar mañana lo que ha adorado
hoy, o cantar para el pueblo que, como los
niños, gusta de repetir siempre la misma
saga, la misma leyenda con que vibra secre-
tamente alguna cuerda de su corazón?

Mas, ¿está en la mano de uno elegir? No.
El poeta no escribe para el público. El poeta
escribe para sí, para expresar esa angustia,
ese regocijo o esa embriaguez que le aho-
garían si no les tradujese en símbolos. Si
su verbo es gustado deleitosamente por
unos cuantos o trasvasado a la sangre de
la raza, es el sino del canto. No puede ser
el propósito del escritor.

Amanda Labarca H.

Santiago de Chile, Junio 1928.

Meditaciones breves

1.—El mundo se encoge

MUCHAS gentes sonrien de que haya quie-
nes predigan—en esta época de gases
asfixiantes y de recelos internacionales— el
próximo advenimiento de una república del
mundo. Les parece obra de ilusos la de su-
poner que en algún futuro cercano los imperios,
las democracias y las tiranías actua-
les vayan a deponer parte de su orgullo
soberano para asociarse en una confederación
universal. Y, sin embargo, hacia allá vamos.

¿Indicios? Apuntaremos sólo unos cuantos,
a guisa de invitación al pensamiento.

El mundo se está contrayendo. Es para-
doja afirmarlo desde el punto de vista del
espacio; pero no lo es si recordamos que el
hombre ha calculado siempre las distancias
por el tiempo que tarda en recorrerlas, y,
medida de este modo, la tierra ha encogido
vertiginosamente.

Cuando el hombre se llamaba Marco Polo
transitó desde Venecia al Catay en cuatro
largos años, al paso lento de las cabalga-
duras o al compás caprichoso de las calmas
y de los vientos. Más tarde, regimos las
distancias por la marcha trepidante de un
expreso; ayer, por la carrera desenfadada de
un automóvil; hoy, por la fantástica velocidad
del aeroplano. La travesía del Atlántico sobre
un barco nos hacía suspirar cada mañana y
cada tarde, durante doce o más días, por divi-
sar la curva redondeada de una colina en las
irisadas nieblas del horizonte, y hoy, Ferrarín
ha saltado desde Roma a la punta oriental de
América en 50 horas y 14 minutos!

Este año de 1928 está aprisionando la tie-
rra en una tela futurista en que los aviones
hacen de lanzaderas.

Y cuando el vuelo de un país, de un océa-
no, de un hemisferio a otro, sea tan seguro
como el pasear hoy sobre los cojines de un
Packard, de qué poca cosa van a servir
aquellas líneas imaginarias con que los rece-
los humanos han dividido las fronteras, y
cuán ineficaces resultarán esos mastines de
las aduanas y de los pasaportes,

La Liga de las Naciones que acunan los cis-
nes del lago ginebrino da la impresión de una
creatura nacida antes de tiempo y resguarda-
da en una urna para que no se muera de
frío. Es una pobre expresión burocrática de
una fuerza viviente e irresistible. Sólo que
la república mundial no la van a hacer los
hombres que dirigen los ejecutivos y los
parlamentos.

¿Queréis otros indicios? En el mes de julio

de este año, con muy breves días de dife-
rencia, publicaron los diarios las nuevas de
que un agente noticioso habló desde Bue-
nos Aires con Berlín, y de que los presi-
dentes de las tres Repúblicas australes de
la América habían inaugurado un servicio de
teléfono entre sus capitales. Hay muchas
más probalidades de que los hombres se
entiendan cuando hablan personalmente que
cuando utilizan los servicios de terceros
aunque ellos sean tan hábiles como algunos
diplomáticos.

Argüiréis que esos son casos aislados. No
tanto. Una va de visita a una casa, y a po-
co charlar, la señora os dice entusiasmada:
«anoche, escuchamos por radio a Nueva
York». Sí, a Nueva York, como si se trata-
ra de escuchar lo que canta el vecino, pared
por medio. Y no tardará el momento en
que conversemos con Tokio, con Melbourne
y con Oslo, y este mundo que nos pareció
tan vasto, tan separador, tan inasible por
los cortos sentidos humanos, le miraremos
como una pequeña vivienda donde, como en las
casas modernas, todos nos topamos los co-
dos. Nos va a faltar espacio para estar solos
y cuando queramos entrar en nuestra soledad,
tendremos que irnos a las estrellas.

Crean los hombres artefacto con que dis-
minuir las distancias. Es un paso. El otro
ha de ser el de aminorar recelos y preju-
cios, y orgullos. Necesita el primero de to-
da la parafarnalia complicada de la ciencia;
el segundo, nada más que de la buena
voluntad...

2.—El sino del canto

Se anegó de luz la sala. Sobresaltadas,
apartáronse unas cuantas parejas que no se
habían percatado de que la película estaba
terminada. Se restregaron, otros, soñolientos
los párpados, y los demás miraron con pupilas
turbias aún no acomodadas al áspero claror
de las lámparas.

Una orquesta trunca zarandeó una melo-
día y tras su última nota se alzó el telón.
Unos muchachos que se apodan ellos mismos
«Los cuatro huasos» rasguearon las guita-
rras y entonaron con voz halagadora, lim-
pia y muy varonil, aires de la tierra. Tonadas,
cuecas, canciones, y entre ellas la tan escu-
chada «Río, río, devolvedme el amor mío...»

Mientras me acunaba su canto, yo revi-
ví al Don José Antonio Soffia, al gentil

Mercurio Peruano
*Revista mensual de Ciencias
Sociales y Letras*
Director: VÍCTOR ANDRÉS BRILAUNDE.
Número suelto..... UN SOL
Apartado N.º 176. Lima Perú

Consultorio Optico "Rivera"
EXAMENES DE LA VISTA
ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES
EXACTITUD Y PRONTITUD
Especial atención
en el desarrollo de recetas
de los señores Médicos Oculistas
GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO
MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA
Guillermo Rivera Martín
Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania
Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica
SAN JOSÉ DE COSTA RICA — CORREO 349